

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 49

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7
Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Del amor y otras (divertidas) tragedias

Mercedes Serna

Puede que deje de ser *Un mundo para Julius* «la novela cumbre» del escritor peruano Alfredo Bryce Echenique (1939), ahora que acaba de publicarse *No me esperen en abril*, obra que guarda estrecha relación con su producción anterior. Bryce empezó *No me esperen en abril* en julio de 1976, aunque la dejó para escribir *Tantas veces Pedro*.

El universo narrativo de Bryce Echenique se inició en 1968 con *Huerto cerrado* —título de Julio Ramón Ribeyro— publicado en La Habana, tras haber concurrido al Premio Casa de las Américas. Contiene doce relatos que se centran en el mundo de la adolescencia de la clase alta limeña, sus primeras experiencias sentimentales con sus consiguientes fracasos y el paso resignado a la vida adulta. *Huerto cerrado* es, como define el propio autor en sus *Antimemorias*, «aquél libro de debutante en que intenté recrear algunas experiencias de mi adolescencia».

En 1970 aparece *Un mundo para Julius*, que cuenta cinco años de la vida de un niño —hasta sus doce años— hipersensible y heredero de una aristocrática familia limeña. La crítica vio en ella un retrato duro de las clases altas del Perú y llegó a considerarla como «la novela de la revolución peruana». Bryce Echenique, como hará en *No me esperen en abril*, examina, desde la distancia que le confiere el humor, la sociedad oligárquica limeña, sus trivialidades y sus miserias tras la aparente grandeza. Es una novela de denuncia de la ideología de la clase burguesa. Julius es un niño rico, bien tratado por la fortuna y la vida, en un mundo injusto y cruel, superficial y vacío. A través del humor, Bryce, a la manera de Irving Ward, penetra en la realidad de manera profunda y retrata la decadencia. La ironía permite la sonrisa lúcida y la complicidad del autor con el lector. *Un mundo para Julius* trasluce una manera personalísima de contar sobre la base

de un tono oral y a todas sus consecuencias. En ella ya se dan los rasgos y recursos esenciales que configurarán el mundo narrativo del escritor peruano, la ironía y la metaironía, la complicidad con el lector, la apertura a la oralidad, el lenguaje de lo cotidiano, las referencias y autorreferencias literarias y la honda ternura casi trágica.

Posteriormente publicará *La felicidad, ja, ja...* (1974), *Tantas veces Pedro* (1977) —donde los personajes ya no se limitan al mundo infantil—, y *La vida exagerada de Martín Romaña* (1981) cuyo protagonista, Martín Romaña, puede ser *alter ego* del autor, pues uno y otro viven acontecimientos personales y político-sociales similares. En 1985 aparece *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* y en 1988 *La última danza de Felipe Carrillo*. En 1993 saldrá su libro autobiográfico y confesional *Permiso para vivir (Antimemorias)*.

No me esperen en abril supone, como indica el autor, «el adiós definitivo a toda una época y una edad vivida», al Perú de los años cincuenta. Es, como el Ricardo Palma de las *Tradiciones Peruanas*, «evocador de una Lima que también para él se iba». Es el cronista testimonial de la alta sociedad. *No me esperen en abril* y *Un mundo para Julius* son novelas de iniciación, «fábulas autobiográficas», novelas de denuncia de lo vivido. Son el retrato de una sociedad oligárquica y decadente, la crónica del tiempo limeño perdido. En ambas Bryce, como indica Julio Ortega refiriéndose a *Un mundo para Julius*, es el «genial verbalizador de un mundo limeño y de una época pasada que precisa de humor». Oralidad y humor porque, como comenta el propio escritor, «en la realidad hay un lado cómicamente muy grave». Y así, con humor o dolor, con ternura, cara a cara con el lado absurdo y ridículo que se oculta en las cosas, Bryce nos narra, en tercera persona, la vida de Manongo Sterne, vástago de ingleses acriollados, personaje «tan distinto a los demás» porque a su edad solo él veía la gravedad de las cosas de esta vida, sobre todo al amanecer y al anochecer. Un adolescente que «veía siempre algo más». Un niño partido en dos, acusado de «mariquita» por no pertenecer al mundo de los machos, de los mata-dores de hembritas, de los que saben poner a las mujeres «seditas»; al mundo de los desfiles militares, de la disciplina con gritos... «un ser que jamás se ha sentido más lato ni más macho ni más nada que nadie». Considerado un «espíritu maligno» por la Asociación de Padres de Familia, es expulsado del colegio Santa María. Sus padres deciden enviarlo interno a un colegio inglés de reciente creación, «al mejor y más caro y británico colegio de América del Sur», por eso de intentar un Perú bien blanquito y anglosajón, alejado de lo limeño (léase la humedad) que todo lo corrompe, lo pudre, lo humedece... al colegio en

que se formarán «los futuros dirigentes de la patria». Previamente a su partida conoce a Tere Mancini, su amor único y obsesivo. El colegio se inaugura en el mes de abril. Abril es, por tanto, el mes de la separación de estos amantes debutantes que se dan constantes pruebas de amor, pruebas acerca de la intensidad de su «trascendental amor», y juramentos tras juramentos. Manongo siempre vivirá en el mes de marzo porque jamás se apartará de ese único amor, a pesar de que las realidades de él —que no crece ni quiere crecer— y de ella —que espera a que él crezca, impaciente, y luego deja de esperar—, anden tan desajustadas. Manongo, como Julius y Martín Romaña, es un ser que no quiere crecer. Manongo decide quedarse para siempre en el mes de marzo (en el mundo del sueño) y esa será su salvación en la vida pero, al mismo tiempo, su tragedia.

Ya en *La vida exagerada de Martín Romaña* cita Bryce Echenique como lema una frase de Iris Murdoch que declara que el amor es capaz de la degeneración más infinita y fuente de los mayores errores. Martín Romaña convertirá la ausencia de amor en amor y amará desesperadamente en soledad. En *Huerto cerrado* se nos dice que en el amor el más débil es siempre quien más ama. En *No me esperen en abril* cita, al respecto, a Oscar Wilde: «Hay dos grandes tragedias en la vida: la pérdida de la persona amada y la conquista de la persona amada». También ahora el protagonista se ve sometido a la fragilidad absoluta por la creencia individual en el amor. En literatura —dice Bryce— no hay amores felices y así, los personajes de sus novelas van dando tumbos por el camino tortuoso del amor hasta la exasperación, el derrumbe, la inanición y la muerte. El amor, en la obra de Bryce Echenique, va unido, inevitablemente, a la tragedia. La coincidencia temática de *No me esperen en abril* con *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz* y con la obra de García Márquez, *El amor en los tiempos del cólera*, se pone de manifiesto en la idea del «amor único» que Florentino Ariza, como ahora Manuel Manongo, se impone. Es la virtud de la fidelidad. Manongo no pone interés en la dimensión erótica del amor sino en la del conocimiento, en la experiencia psíquica del amor, sus demandas, contradicciones, anhelos, zozobras, sus constantes desajustes, sus incompatibilidades, la falta de entendimiento. Es un amor excesivo, solitario, inviable, agónico, inmóvil, profundo porque pone al descubierto la condición humana, y único porque no hay posibles sustitutos. Bryce recuerda a Balzac: «No, créame usted, un primer amor no puede sustituirse».

La amistad es el otro concepto clave en la obra de Bryce Echenique. La amistad de esta pandilla es digna de encomio y se eleva por

sobre cualquier guiño irónico y humorístico característico de la obra. El escritor peruano despliega todo un tratado sobre la amistad. A partir de 1956, Manongo, ya sin Tere, entra en el mundo de su padre, el de los negocios, las finanzas nacionales y el paraíso fiscal, y se torna implacable y canalla, se embrutece. Solo el amor y la amistad salvan al protagonista de su posterior encanallamiento:

Manongo empezó íntegro de nuevo, de cero pero no de la nada, y empezó tan solo con las dos cosas que se había traído a su nuevo mundo de aquel pasado remoto en que, una tarde, apareció con total naturalidad Jorge Valdeavellano para invitarle el primer cigarrito de su vida, porque la felicidad empezaba, sí, así empezó la felicidad, con la palabra amigo, y así habría de saberlo y comprenderlo él a medida que se lo iba contando a una chica llamada Tere, desde aquella otra tarde en que, como la felicidad ya había empezado, apareció también con total naturalidad la palabra amor... y continuaron ambas palabras entre días y noches de internado y más amigos.

Como Martín Romaña, como el Bryce Echenique de *Permiso para vivir*, Manuel Manongo es un solitario que vive en excelente compañía, un ser que guarda una relación particular con el mundo y que está condicionado siempre por los afectos privados. La amistad y el amor férreos perviven frente a un mundo contradictorio y que es mejor no tomarse demasiado en serio. Como le ocurre al Bryce Echenique de las *Antimemorias*, Manongo, en el transcurrir de su vida, «iba conociendo cada vez más la desasosegante sensación de primer y segundo tiempo, como él mismo le llamaba. La de estar prácticamente en dos sitios a la misma vez, la de haber jugado el primer tiempo de un partido de fútbol en un equipo y el segundo en el otro». La vida se le dibuja contradictoria, diversa, múltiple, multilateral, trágica y feliz y solo —como en *El Quijote*— se salvan los afectos. Manuel Manongo sigue la idea de Bryce Echenique, que confiesa en sus memorias: «cada uno de mis amigos es el mejor que tengo». De la misma manera, declara Manuel: «cada nuevo amigo ha sido una maravilla que le debo a la vida». Manongo, ya a finales de los setenta, construirá una serie de villas con la intención de que todos sus amigos puedan vivir cerca de sí, lejos del conflictivo —para su clase— Perú, para que todo vuelva como veinticinco años antes.

La adolescencia ocupa dos de las terceras partes de la novela. La última pretende explicar el desenlace de la vida de Manongo, justificando los resultados de su época iniciática. Como en *El Lazarillo* el lector se siente ligado afectivamente al Manongo adolescente y hace

la vista gorda al Manongo adulto y sin escrúpulos. Este personaje —señala Bryce Echenique— «devorado por sus inicios, se aferrará toda la vida a los momentos en que conoció a cada amigo, se aferrará a aquel primer amor y cultivará una total lealtad a todo ello, por encima de toda una vida que además es la de un sinvergüenza». Frente a esta primera historia —«la parte fundacional e irrenunciable, ese paso fragilísimo de comienzo, de estreno, donde se fraguan el amor y la amistad, que es el valor fundamental de esta historia»— aparece la colectiva, la historia del Perú, desde los años cincuenta hasta hoy, la historia de Lima y de la sociedad. A Bryce Echenique como a Vallejo (a quien Echenique recuerda a menudo en la presente novela) le duele el Perú y busca el modo de sacárselo de dentro. Dice el escritor: «He estado esperando el momento de poder entrarle ya al Perú, al menos para decir que nunca lo tendré claro. Perú es un país que nadie ha tenido claro nunca. Es un país difícilísimo, el más conflictivo racialmente de América del Sur, grande, desproporcionado, de naciones que conviven en él, historias y pueblos que se desconocen y cohabitan en este territorio de desconcertada gente, porque Perú no es un país, es un territorio». Es el amor por Perú, profundo, desgarrador, desesperado, que aparece en las obras de Vargas Llosa, Ribeyro, Vallejo o Arguedas o en *Un mundo para Julius*. Frente a esta, el Perú que retrata ahora es un país imaginario y más racista, de un racismo más duro e implacable. Señala Bryce Echenique: «Todos son racistas, incluso Manongo Sterne, que en cambio es capaz de adorar al cholo Adán Quispe a quien buscará todos los días de su vida, y fíjate lo que le pasa por tener ese amigo». Bryce peruaniza, una vez más, Europa. El país de estos estudiantes y amigos de Manongo —educados para el inmovilismo, para que siempre les perteneciera todo, la dictadura y la democracia— es el país sublimado, repintado e inverosímil de ficción.

Julius, Romaña, el Bryce de las *Antimemorias*, y ahora Manongo, son también autobiografías ficticias y antiheroicas del autor. En cualquier caso, la literatura y el humor se tragan la historia. Lo cómico y lo grotesco sirven para mitigar la grandeza de la vida porque esta es divertida, trágica y paródica a la vez. El humor destruye toda jerarquía. Asistimos a la desmitificación del mundo por la palabra, el chiste, la ironía o el cliché. Bryce Echenique trata, con humor y lirismo, temas como el exilio, el éxito, los comportamientos sociales, el sentimiento y lo sentimental, sus novelas, su propio yo o el lenguaje; desenmascarando el mundo y reduciéndolo a escombros. Bryce ha recibido la influencia de Pardo y Aliaga, Caviedes, Ricardo Palma,

Cortázar o Cabrera Infante en la práctica del *novelismo oral*, de la oralidad unida al humor, en la construcción de la novela irónica, cómica y con humor. La ironía, además de penetrar en la realidad, es recurso para desdramatizar la vida.

En *No me esperen en abril* se introducen elementos literarios. La literatura se hace de literatura en un discurso intertextual en que continuamente asoman otros múltiples referentes. El autor hace constantes referencias a otros escritores como García Márquez, Vargas Llosa, Julio Ramón Ribeyro, César Vallejo, a sus propias obras, como *Un mundo para Julius*, a sí mismo y al propio narrar. El autor se enfrenta con sus propias creaciones en cuanto producto de arte. Es la literatura a partir de la literatura.

Bryce Echenique extiende su práctica narrativa a otros ámbitos discursivos como la poesía, el cine, la fotografía, el cómic, el bolero, la copla, el tango, el teatro... apropiándose de sus técnicas. Forma parte de la cultura Pop —como Manuel Puig, Vargas Llosa o Severo Sarduy— que se caracteriza por la mezcla de elementos cinematográficos y de humor, en un proceso de democratización o popularización de la cultura. Y sobre todo ello, el triunfo del novelista está en el lenguaje, en la creación e invención verbal constantes, en la pérdida de respeto por la lengua, en esa oralidad que todo lo aglutina y combina; abierta, libre como la de Cortázar, que rompe la jerarquía de las palabras, rápida y cambiante, al ritmo del habla popular. Un estilo que es, en definitiva, una forma de contemplar el mundo.

Bryce define a los personajes y su mundo no por lo que son sino por los objetos, gustos, sensaciones y referentes culturales que les rodean. Así Manongo es el mundo de James Mason, del aroma de repostería, del cine, los discos (Nat King Cole, Lucho Gatica...), de la música de Paganini, de Adán Quispe —cholo marginado—, de la paloma cuculí frente al otro mundo, el del Country Club, la Iglesia San Isidro, el poder militar, los desfiles militares, y los machos matedores de hembritas. *No me esperen en abril* nos habla de amor, de amistad y de muerte, de fidelidad y de lealtad. Manongo enamorado, noble, taciturno, agilísimo, implacable, rey granuja de negocios, canalla por fuera y por dentro de oro. Manongo «piedra y camino», Manongo excéntrico, ensimismado, racista, raro, encerrado siempre, siempre ajeno. Manongo traumático, posesivo, celoso, trascendental que encuentra en los amigos toda una vida de sedantes. Manongo demasiado corazón.